



Integrantes de Eixample Respira con las banderolas que han diseñado para concienciar de la contaminación del céntrico distrito barcelonés

Solidaridad a pequeña escala

Texto de **Eva Millet**

Integrantes de Mamás en Acción, ante el hospital de La Fe de València, uno de los que visitan para acompañar a niños enfermos

Son asociaciones sin ánimo de lucro que empezaron por iniciativa –un impulso, casi– de una o muy pocas personas. Unas se dedican a plantar árboles, acompañan a niños en hospitales, limpian playas o las protegen del urbanismo depredador. Otras acogen animales o luchan contra el estigma de la enfermedad mental. Sus causas son muy variadas, pero todas tienen un denominador común: un impacto positivo a escala local.

LIBERT TEIXIDO

DANIEL GARCÍA-SALA

En el 2014 la valenciana María José Gimeno descubrió que en un hospital de su ciudad había un niño ingresado que estaba solo. Era uno de los más de 43.000 menores tutelados que hay en España: niños y niñas que cuando están hospitalizados, aunque atendidos por médicos y enfermeras, no tienen un acompañante fijo. La idea de un niño solo y enfermo en un hospital roza lo insoportable. Por lo menos, para gente con sensibilidad como María José Gimeno, que, ese mismo día, decidió actuar: “Mi primera reacción fue ir al hospital y decir: ‘¿Puedo ayudar? ¿Me quedo esta noche?’”, recuerda. No le fue posible: legalmente no podía ayudar a título personal ni tampoco existía una asociación de este tipo.

Y ante aquel vacío, decidió crear una. Así nació **Mamás en Acción**: una de las 56.181 entidades activas que, según el Ministerio del Interior, están inscritas en el Registro Nacional de Asociaciones en España. Es un fichero enorme, con organizaciones de todo tipo; muchas, nacidas a partir de un impulso absolutamente personal y con resultados muy eficaces.

Mamás en Acción, por ejemplo, que ahora ya colabora en siete hospitales entre València y Madrid y supera los mil voluntarios –“que no son sólo madres y mujeres”, recalcan en la entidad–. Entre todos suman miles de horas de un acompañamiento hospitalario que –hay evidencia científica– incide de forma positiva en la mejoría de los niños. Mejorías que se ex-

panden a otros ámbitos: la asociación tiene nuevos programas, como el llamado NetMomming, que apoya a los niños tutelados de cara a su mayoría de edad. Y todo gracias al trabajo de voluntarios como María José Gimeno, que aún se sorprende de lo conseguido: “Media hora antes de enterarme que aquel niño estaba solo, jamás me había planteado emprender nada de este tipo”, reflexiona.

A algo más de 300 kilómetros de València está la casa de Ildefonso García y María Bécerra: un chalet en la localidad madrileña de Nuevo Baztán, donde conviven con un plantel de 28.000 árboles en su jardín. El matrimonio es el artífice de

Plantamos Árboles, asociación que empezó hace tres décadas, casi por casualidad, y que ya ha regalado 120.000 ejemplares.

Mucho antes de que se hablara de emergencia climática, García, auxiliar de enfermería, intuyó que la mejor manera de generar aire puro era apostar por los árboles. Tenía mano para hacer germinar las semillas, algo que aprendió de niño, con su abuelo, y continuó de adulto. “Empecé recogiendo piñones en la calle Arturo Soria de Madrid, cuando iba al trabajo”, cuenta. “Los sembraba, crecían pequeños pinos y los regalaba. Primero, a los amigos; después, al colegio de mis hijos”.

Ni Ildefonso García ni su

mujer tenían entonces plan alguno en mente: “Éramos sólo una familia que regalaba árboles, pero la demanda empezó a aumentar”, cuentan. Tanto, que tuvieron que pedir ayuda y pronto aparecieron voluntarios. Hace seis años, con más de 100.000 árboles regalados, se registraron como asociación.

¿No hay momentos de flaqueza, ante la dimensión de asunto? En absoluto, dicen. A María Bécerra, que es psicóloga, le encanta convivir con 28.000 árboles –“dan mucha paz”, asegura–. El vivero es el lugar favorito de su marido, y la asociación, una manera de hacer nuevos amigos y que les abran las puertas a lugares como la prisión de Valdemoro, donde imparten talleres y crecen algunos de sus ejemplares. “Hacemos un seguimiento de muchos de los árboles que hemos regalado –asegura–. Me encanta cuando me dicen que ya miden cinco metros o que han podido colgar una hamaca... Intentamos buscar gente que se comprometa con el árbol”.

Y si hay gente comprometida con un árbol, la hay, también, con una playa. En este caso, la de Pals, en Girona, que, como la aldea gala de Astérix, sobrevive como uno de los últimos reductos vírgenes en la castigada Costa Brava. Y lo hace gracias al empeño de unas pocas personas que, ya a finales del siglo pasado, se movilizaron para impedir que la voracidad constructora asaltara este paraje. Fue entonces cuando nació la plataforma **Salvem la Platja de Pals**, que impidió, como recuerda su actual vicepresidente,

Pablo Pluvinet, “que los primeros proyectos especulativos la transformarían en Puerto Banús”.

Más de 30 años después, Pluvinet y otro vecino, Pau Bosch –ambos arquitectos–, han tomado las riendas de la plataforma. ¿Las razones? Ni el paso del tiempo ni la masificación de la costa atemperan las ansias constructoras. El nuevo frente está en el último plan urbanístico, aprobado por el Ayuntamiento en el 2015, que prevé más viviendas –especialmente, en primera línea–. “Fue entonces cuando nos empezamos a mover”, recuerda Pluvinet. Llevaron sus quejas a la prensa y movilizaron a las comunidades de propietarios. Destaca lo ocurrido en agosto del 2015: “Cuando los residentes de la playa de Pals, más de 200 personas, acu-

dimos al pleno municipal. ¡Parecía el camarote de los hermanos Marx!”, cuenta.

De momento, la plataforma ha conseguido “influir notablemente” en bloquear y hacer rectificar el último plan urbanístico, pero no bajan la guardia: planean registrarse como asociación, para ser más efectivos. Hasta ahora, todo lo relacionado con su activismo ha salido de sus bolsillos. Gracias a sus esfuerzos, vecinos y visitantes siguen disfrutando de los tres kilómetros y medio de una playa preciosa. Pero la pregunta es: ¿hasta cuándo?

Otro patrimonio que en España no tiene quien lo proteja es el arquitectónico. En Teruel opera **Acción Pública para la Defensa del Patrimonio Aragonés (Apudepa)**, asociación

que nació en 1999 por iniciativa de Belén Bodoqui, profesora de la Universidad de Zaragoza. “Daba una asignatura llamada Patrimonio y, por coherencia, no me conformé con decir una cosa en el aula y que en la calle pasara otra”, explica. Lo que hizo saltar la chispa fue el derribo de la antigua Azucarera del Jalón, en Épila, un testimonio en ladrillo de un pasado industrial que quedó reducido a escombros. “Con Gonzalo Borrás y Emilio Gastón, de la universidad, creamos la asociación y pedimos la catalogación del edificio, pero no llegamos a tiempo”, lamenta aún Bodoqui, quien recuerda que la defensa del patrimonio cultural es un derecho constitucional. Es también muy consciente que el patrimonio urbanístico “es car-

ne de cañón, debido a la especulación y a la corrupción”.

Pero no desfallecen. Y defienden todo tipo de patrimonio: viejas fábricas y palacios, jardines y edificios rústicos, como el antiguo molino de San Pedro, en plena serranía turolense, que iba a ser transformado en casa rural en una zona protegida. Aquí colaboraron con una asociación aún más modesta, los Amigos del río Cabriel, que alertó de la destrucción del molino. “Se pararon las obras, pero el daño ya se ha hecho”, se queja de nuevo Bodoqui, quien confiesa que tienen “tanto trabajo” que “no llegan”. Un trabajo siempre voluntario, que se financia únicamente con las cuotas de los apenas 200 socios: “Tenemos pocos recursos, sí, pero mucha libertad”, resume. →

Adopta un Abuelo surgió porque su fundador conoció a un viudo de 86 años que anhelaba tener un nieto; la entidad suma 1.200 voluntarios, que han hecho 25.000 horas de compañía a jubilados



Alberto Cabanes creó la asociación que promueve la adopción de ancianos que están solos

DANIEL KAHNERT



Leonor Díaz de Liaño junto a algunos de los caballos que tiene acogidos la Asociación de Defensa de Équidos



ETHEL BARTRAN

El resultado de una de las limpiezas de las playas que organiza la entidad Canarias Libre de Plásticos

→ Otra mujer al frente de una pequeña asociación es Leonor Díaz de Liaño, fundadora de la primera protectora de caballos en España. La creó formalmente en el 2001, pero su trayectoria viene de mucho antes, cuando era una adolescente y se dio cuenta de que en su hípica, en Barcelona, “los caballos viejos desaparecían; cuando perdían lustre, la gente se deshacía de ellos. ¿Como si cambiaran de coche!”, dice. Así que decidió actuar y empezó a adoptar caballos viejos, que guardaba en el exclusivo Real Club de Polo de Barcelona, donde llegó a tener cinco caba-

llos, una oveja y una cabra. En 1992 Díaz de Liaño y sus animales se marcharon a una pequeña granja a las afueras de Manresa, donde se gestó la **Asociación de Defensa de Equinos (ADE)**. Hoy acoge, en dos sedes, 73 caballos, ponis y burros y otros 200 animales entre perros, gatos, cerdos, ovejas y hasta una vaca. La activista cuenta con la ayuda de su familia, pero confiesa que le faltan manos y, sobre todo, fondos: “¿Necesitaría ser la duquesa de Alba!”, bromea, aunque asegura que no cambiaría su vida por nada del mundo. Más joven pero igualmente

comprometida es la asociación **Canarias Libre de Plásticos**, iniciada en mayo del 2018. Sus artífices son los tinerfeños Luis Valien Trujillo e Ignacio Fernández, dos amigos surfers que un día se hartaron de ver las costas de su hermosa isla invadidas por el plástico y decidieron luchar contra esta plaga moderna. “Vimos que en Canarias no había una iniciativa ciudadana de este tipo y decidimos ponerla en marcha”, cuenta Valien. Pensaron que “lo peor sería tener que limpiar playas”, y como la opción no les pareció, en absoluto, mala, se pusieron en marcha. Más de un año des-

pués ya llevan realizadas 40 limpiezas y cuentan con una pequeña legión de voluntarios. “Pero esto es sólo una parte”, señala Valien. “También damos charlas de educación medioambiental en las escuelas. No somos Greenpeace, pero ponemos nuestro granito de arena”. Tampoco tiene la escala de Greenpeace la plataforma **Eixample Respira**, aunque comparte con esa gran oenegé muchos principios. A destacar: la exigencia de mejorar la calidad del aire en un distrito de Barcelona donde, explican indignados sus impulsores, “sufrimos a diario una contamina-

ción muy superior a los niveles legales fijados por la OMS”.

Los impulsores, todos vecinos, se conocieron por Twitter, donde expresaban su preocupación por la contaminación de su barrio. “En marzo del año pasado decidimos que queríamos ir más allá de las redes y nos reunimos: éramos cuatro”, cuenta Guille López, uno de ellos. En abril, organizaron una charla sobre el tema y en mayo redactaron –en una cafetería– su manifiesto. Pronto empezaron a organizarse protestas con unas vistosas banderolas diseñadas (y pagadas) por los miembros de la plataforma. A la primera protesta acudieron cien personas. A la última, 300. El objetivo: el derecho a respirar aire no contaminado, que debería ser prioridad para cualquier Consistorio. “Este modelo de ciudad no se tendría que haber normalizado”, resume López. ¿Les han hecho caso? “Bueno, nos han empezado a citar los responsables del Ayuntamiento”, dice.

En Sabadell trabaja la asociación **L’Esquitx**, que apoya a niños y adolescentes vulnerables. Nació también discretamente, hace ya 30 años. “Por iniciativa del AMPA de una escuela que quiso organizar un *esplai*, un club de ocio, para los niños con menos recursos”, rememora el actual director, Sergi Asensio.

Hoy L’Esquitx es una asociación respetada en la ciudad, un referente en la integración social que durante el curso atiende a 170 niños en sus dos centros. Allí se les acoge con fórmulas tan simples pero necesarias como ofrecerles merienda, refuerzo escolar y un lugar para hacer los deberes con calefacción. Para muchos niños, es un oasis, tanto en verano como durante el curso. Un oasis que funciona. “Está comprobado

Ildefonso García y María de Serra fundaron la oenegé Plantamos Árboles



DANI DUCH

“La mejor manera de romper los prejuicios es que una persona con problemas de salud mental te los cuente”, explica Mar Abrines, de la entidad que derriba tabúes sobre la enfermedad mental



La asociación turolense que vela por la preservación del patrimonio arquitectónico señala que tiene tanto trabajo que no llega a todo

que el trabajo que se hace aquí incide en la mejora de los estudios”, resume Asensio.

Las buenas iniciativas pueden contagiarse. A partir de la asociación catalana Obertament nació en Mallorca **Obertament Balears**. ¿El objetivo? Luchar contra el estigma de la salud mental, que es aún mayor en los lugares más pequeños. Obertament Balears funciona en parte gracias a los “portavoces antiestigma”: personas con problemas de salud mental dispuestas a explicar públicamente su experiencia. También hay una labor educativa a través del proyecto What’s Up!, orientado a los adolescentes. “La mejor manera de romper los prejuicios es que una persona con problemas de salud mental te los explique”, explica Mar Abrines, una de sus responsables. Ella lo comprueba en su día a día, en las escuelas: “Hay mucha necesidad de hablar. Y, al divulgar, los jóvenes se dan cuenta de que pueden pedir ayuda. A veces salgo conmovida de las sesiones”, cuenta, “pero no tengo ninguna duda de que esto vale, mucho, la pena”.

Y si este reportaje empezaba con una iniciativa de acompañamiento a niños, se cierra con otra de acompañamiento... a abuelos, e igualmente a raíz del impulso de una sola persona. En este caso, Alberto Cabanes, un joven de Ciudad Real que en el 2013 conoció a Bernardo, un viudo de 86 años que anhelaba tener un nieto. Cabanes decidió adoptarlo y extender esta experiencia. Hoy, **Adopta un Abuelo** cuenta con más de 1.200 voluntarios que han prestado 25.000 horas de compañía a personas de edad avanzada en 72 ciudades. Además, tienen una larga lista de espera para seguir sumando.○